

No tener prisa

Tengo un amigo sacerdote que siempre dice que hoy vivimos en una especie de riada que nos lleva y arrastra a todos. Estamos sumergidos, vamos arriba y abajo, chocamos los unos con los otros, nos sentimos atareados, agobiados, sin tiempo para dedicar a los amigos y a la familia. Todo va a una gran velocidad.

He llegado a la conclusión de que nos gusta este ritmo trepidante, que si las cosas se serenar o adquieren un ritmo más suave, rápidamente nos aburrirnos. Necesitamos que la vida nos proporcione adrenalina en grado elevado. Las prisas, las agendas llenas y no tener tiempo para nada es una manera de sentirnos importantes y de que nuestra vida tenga un sentido: el de las cosas que hacemos, por tanto, cuantas más hagamos, más llena de sentido.

El problema de la prisa es que nuestra vida acaba convirtiéndose en una especie de patinaje sobre hielo. Vamos rápidos sobre dos cuchillas afiladas que nos hacen pasar por la vida de una manera muy superficial. Quizás este es el drama, que no tenemos tiempo para mirar las cosas en profundidad, conocerlas a fondo. Con los cinco minutos que dedico sólo puedo pasar por encima, pero no con la madurez que piden la mayoría de las cuestiones de la vida.

Esta superficialidad, con el paso del tiempo, nos va volviendo frívolos, y la frivolidad es como una especie de aceite que impregna toda la sociedad. Con este tipo de ungüento podemos resbalar por encima de la vida, de los problemas, de los acontecimientos, del sufrimiento y de las personas. Y, poco a poco, también nos acaban resbalando la vida, los problemas, los acontecimientos, el sufrimiento y, sobre todo, las personas.

Y, por otro lado, no somos tan autónomos como quisiéramos y necesitamos de los demás. Su presencia y su amistad se vuelven imprescindibles para vivir con paz y alegría. Y extendemos la mano para encontrar la mano del otro. Pero cuando nos damos las manos, como están llenas del aceite de la frivolidad se nos resbalan y no nos podemos sujetar. Lo volvemos a intentar, pero no tenemos donde cogernos, porque todo resbala. Es cuando más solos y desamparados nos sentimos. Estamos en plena riada.

¿Qué necesitamos? Hombres y mujeres que sequen sus manos. Que se conviertan en un punto sólido donde poder apoyar la vida y todas las cosas que esta nos depara, que me estiren y me ayuden a salir de esta riada. Pero, para eso hay que abandonar la frivolidad, secarse las manos para poder conducir la vida y las cosas con firmeza. Nada me puede resbalar, porque todo lo que afecta a las personas es importante.

Jesús tomó las manos de Pedro cuando este se hundía en las aguas, “Hombre de poca fe”, le dijo. Hemos de ser estas manos limpias por el bautismo, que con el calor del Espíritu forman una red sólida, viva, seria, capaz de ayudar al que lo necesite, de dar la mano, para que nadie se hunda en la riada. No tengamos miedo, esta ha de ser una nueva manera de caminar por encima de las aguas.

Jordi Cussó Porredón

Para acceder a
más artículos
y escuchar el
audio de este:



Alabar a Dios

Un hombre mayor había quedado viudo, había empezado a sufrir dolor en sus piernas y ya no podía desplazarse grandes distancias sol, aunque era autónomo, había bajado su nivel de actividad. Como dependía de los demás para cuidarse, prefirió pedir a sus hijos residir en una residencia. Así, convivía con otras personas de sus mismas características y ello le daba alegría. Les hablaba y hacía reír y todos salían ganando de la situación. Con frecuencia alababa a Dios, ello le daba mucha energía.

Una mujer joven había quedado sola con sus pequeños hijos, por suerte tenía trabajo y no les faltaba lo básico para vivir, por este motivo daba gracias. Tenía la suerte de tener buen carácter y no envidiaba nada a nadie, sonreía mucho a los niños y se ocupaba de que en su casa hubiera lectura y música, a pesar que su esposo y papá de los niños no estuviera, eran felices. Logró tener serenidad y armonía en la casa. Con frecuencia alababan a Dios y mostraba a sus hijos que la belleza, la verdad y el amor estaban de la mano del creador.

Un hombre con muchas responsabilidades tenía muy poco tiempo para él y su familia. Siempre exigido por los compromisos de trabajo, a veces tenía que alargar las horas fuera de la casa para cumplirlos. La toma de decisiones laborales no eran fáciles y le producían dolor de cabeza y angustia, no lo resolvía solo, a menudo pedía ayuda a especialistas para mediar y resolver los conflictos. Hacía un tiempo que no tenía muy buen ánimo y se sentía muy cansado, cuando un día, antes de dejar la oficina se sentó y se quedó mirando la ventana. Empezaba a ocul-

tarse el sol, como era un hombre listo, se dio cuenta que empezaba el crepúsculo y decidió acomodarse y contemplarlo, cosa que nunca se permitía por las prisas. Colores preciosos se combinaban ante él sin ningún criterio de forma, ni color y en cambio, resultaban insuperables en belleza. Eran cambiantes e indescriptibles. Sacó un par de fotos que, a pesar de no ser nunca como el original le recordarían la experiencia, y, de repente, sin esperarlo empezó a emocionarse. Las lágrimas le brotaban de los ojos y se sentía feliz. Los problemas de aquel día no parecían importantes, o por lo menos, estaban en otro plano y se dio cuenta que aquello era parte de lo que le faltaba todos los días. Después de remojarse la cara, se fue a su casa a pie, y llegó todavía temprano para estar relajado con la familia. Aquella noche dio gracias, pero también descubrió que si daba gracias, era porque antes había alabado a Dios.

Alabar es parte de la contemplación. La alabanza brota, deviene. Resultado de la sorpresa de una belleza insospechada, de una autenticidad o un amor que nos supera, quedamos atónitos y alabamos, nos arrodillamos, hacemos una reverencia. Y esta conexión que nos sobrepasa hace que nos sintamos vivos y se lubriquen las ganas de vivir y ser felices. Alabar a Dios es el misterio inexplicable que da sentido a todo.

Elisabet Juanola Soria

Para acceder a
más artículos
y escuchar el
audio de este:



“El alma que anda en amor, ni cansa, ni se cansa”.

San Juan de la Cruz

Videos

Parábola del sembrador

La simiente es la palabra de Dios, el sembrador es Cristo y la tierra es quien acoge la palabra de Dios.

“Salió un sembrador a sembrar su simiente y al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada, y las aves del cielo se la comieron...”.

Ver video:



Parábola de la esperanza

Cuatro velas dialogan entre sí mientras se van consumiendo. Una es la paz, otra la fe, la tercera el amor y la última la esperanza.

Conforme se van extinguendo, cada una se aqueja de algo. La esperanza tiene la última palabra y puede hacer revivir la flama de las demás.

Ver video:

